

# NEUTRALIDAD

*PHILLIP NOLTE*

—¡Qué animales tan bellos! ¡Tan ágiles y elegantes! ¿Qué son? —preguntó Hagedorn Twee.

Uno de los animales observados estaba, en aquel momento, frotando su frente en las ásperas barbillas escamosas de Hagedorn Twee.

—Los llaman gatos —dijo Theresa—. Son nativos de la antigua Tierra, en el Sistema Solar, y son bastante comunes en los mundos humanos. ¿Significa que nunca ha visto antes uno de ellos?

—Quizás en algún vídeo holográfico, Capitana, pero nunca en la vida real —agregó Twee—. ¡La cubierta de su cuerpo es tan suave y sutilmente coloreada!

Al parecer, el sentimiento fue mutuo. Theresa pudo escuchar el fuerte ronroneo del pequeño gato a través de la claridad del cuarto. El Heardiano tomó una decisión al instante.

—Ellos deben ser míos —concluyó Twee—. ¡Ambos!

La Capitana Theresa Helms, del buque mercante *Júpiter*, rápidamente desplegó una lista mental con las razones para no vender los pequeños animales y encontró que esa lista era notablemente corta. Ambos animales —la pequeña y encantadora hembra calicó que actualmente se frotaba contra las formidables barbillas del Mercader Twee y el gato atigrado de larga cabellera que se restregaba afectuosamente en las escamas del alienígena— pertenecían a ella y a su marido, Tim, que también era su compañero en el negocio y el único otro miembro de la tripulación del *Júpiter*.

En el mejor de los casos, los pequeños animales eran una diversión bienvenida durante los largos períodos de inactividad, usuales en los viajes a velocidades mayores que la de la luz. Además, encuentran y destruyen las alimañas ocasionales que de algún modo escapan a las usuales inspecciones. No obstante, Theresa y Tim descubrieron que los gatos requerían mucha atención y a menudo pedían muestras de afecto en instantes inoportunos. Hubo también un par de incidentes, durante las caídas libres, con respecto a su comida y los desechos que, sin duda, fueron situaciones muy desagradables. Además que, a medio camino en su actual viaje, ella comenzó a sospechar que Tim era alérgico a las pequeñas bestias.

—Estoy temerosa en lo referente al precio, Mercader Twee —indicó Theresa—. Los transportamos una larga distancia y ambos, mi marido y yo, nos hemos unido mucho a ellos.

—¿Unido? —preguntó el alienígena, levantando la pequeña calicó y colocándosela con mucho cuidado encima, junto a sus tres ojos grandes y verdes. Ojos que, como extraña coincidencia, tenían pupilas verticales y muy similares a los de la pequeña y contenta bestia que examinaba.

Theresa rió entre dientes.

—Lo siento, Mercader Twee —dijo en seguida, agitando su cabeza—. «Unido» significa emocionalmente cerca. Mis disculpas.

El enorme alienígena de pelaje azul rió, de una forma tal que a Theresa le pareció un caballo enfermo.

—Nunca me asustan los precios, Capitana Helms —agregó el Mercader Twee—. Algunas cosas están más allá de simples créditos. ¡Estos animales son absolutamente maravillosos! Mi vástago los adorará. ¡Dígame su precio!

—Tengo que hablar sobre esto con mi compañero. No los trajimos con la intención de venderlos —dijo Theresa—. «Por supuesto, eso fue antes de saber que alguien deseara comprarlos a un precio extravagante» —pensó—. Le daremos una respuesta mañana. ¿Está bien?

—Eso estará bien, Capitana Helms —asintió Twee—. Si no le molesta, me gustaría quedarme con el animal más pequeño por un lapso adicional. El sonido que hace es muy relajador.

Theresa, junto al amable Heardiano de pelaje azul, revisaron en conjunto las listas del cargamento. Todo lo efectuaron mientras la pequeña gata estuvo sentada sobre los anchos hombros del Mercader Twee, junto a su desequilibrada cabeza, y ronroneando ruidosamente.

Al concluir la jornada, los andenes se aquietaron y la nave fue sellada. Instantes más tarde, ambos humanos se sentaron en el pequeño camarote del *Júpiter*, para discutir sobre los negocios del día, antes de irse a la cama. Theresa se sentó sobre un blando almohadón junto a la computadora donde Tim calculaba las ganancias del día. Acto seguido, ella corrió una de sus delicadas manos sobre su pelo corto y negro. Como curioso contraste, su marido era del tipo Nórdico, grande y rubio, algo gordo y notablemente elegante a pesar de su tamaño. Tim tecleó su última anotación, presionó el retorno y giró su silla para enfrentar a su esposa.

—No fue un mal día en absoluto, querida —dijo mientras se estiraba y bostezaba—. ¿Cómo estuviste tú?

—No estuve mal. De hecho, tuve una interesante conversación con Hagedorn Twee hoy en la mañana —dijo—. Una que podría darnos muchos créditos.

—¡Eh, aquí estamos para juntar créditos! —dijo ávidamente—. ¡Siempre que no sea con algo demasiado ilegal! ¿Qué tienes, Terry? Soy todo oídos.

—Quiere comprar nuestros gatos.

—¿Huh? ¿Nuestros gatos? ¿Pensé que decías algo sobre muchos créditos? —la mirada de Tim sólo podría describirse como decepcionada.

—¡Déjame terminar! No lo creerías, Tim. ¡Nunca he visto algo como esto! Esos dos gatos estaban encima de él. No lo sé, quizás sea la temperatura muy alta del cuerpo de los Heardianos o algún olor demasiado sutil que los humanos no pueden percibir, pero, ¡esos gatos lo adoraban!

Algo intrigado, Tim fue hacia la raíz de la pregunta.

—¿Cuánto?

Ella intentó no parecer demasiada entusiasmada.

—Él dijo, y cito: «¡Nunca me asustan los precios, Capitana Helms!»

Tim se acercó a medio camino fuera de su silla y efectuó una mueca de dolor cuando golpeó su rodilla en la consola de la computadora.

—Dilo de nuevo —indicó Tim, frotando su rodilla herida.

—Dijo que el dinero no era problema.

—¡Vendido! —dijo Tim, dándole una mirada de cálculo a Theresa—. ¿En cuanto crees que podemos venderlos?

—Bien, considerando que nosotros los transportamos todo el trayecto desde la Tierra y que ellos serían los únicos animales de su tipo en todo este sistema planetario, pienso que el precio debe ser alto. Además, Hagedorn Twee es uno de los comerciantes más adinerados del planeta.

—¿Cuánto pagamos por los gatos, Terry?

—No estoy segura, cariño. No mucho. Veamos, diez créditos por cada gato, cinco créditos por las etiquetas de la inmunización y otros veinte cada uno por *neutralización*... Yo diría que unos cuarenta créditos máximo por cada uno. Total, aproximadamente ochenta. Tim pensó por un momento.

—¿Qué opinas de unos cuatrocientos por cada uno?

—¿Los únicos dos animales de su tipo en el sistema? ¿El comerciante más adinerado en el sector? ¡Vamos, Tim, piensa en grande! Digo, ningún precio inferior a veinticinco cientos por el par. Hmmm... ¡Pienso que debemos comenzar en cinco mil!

—¡Cinco mil! ¡Esa es la cuarta parte de lo que aún debemos por esta tina vieja! Con lo que esperamos hacer en el resto de este viaje, ¡podríamos estar en una muy buena posición!

—Eso es lo que pensé —dijo su esposa, sonriente—. ¡Mientras más pronto paguemos lo que nos resta del *Júpiter*, más pronto podremos dedicarnos a la fabricación algunos créditos reales!

—Tu eres el vendedor en este equipo, Terry. ¡Haz lo que sabes! —dijo Tim, mientras la abrazó, olvidando su reciente lesión.

Hagedorn Twee tomó completamente por sorpresa a Theresa. Su oferta fue de diez mil créditos, por cada uno. Por fortuna, Theresa recuperó la calma a tiempo para negociar un precio algo mayor. Finalmente, lo establecieron en doce mil quinientos por cada uno, pero sólo después que Hagedorn Twee la hizo prometer que no traería otros gatos al sistema. Ésta les pareció una demanda extraña, pero la afortunada pareja pudo más que triplicar sus beneficios por el viaje completo y apartar lo necesario para pagar el préstamo por su viejo, pero aún útil carguero. Ambos estuvieron de acuerdo.

Como había animales foráneos involucrados, el trabajo legal para transferir la propiedad de los dos felinos tenía que manejarlos la Oficina Regional para la Importación de Flora y Fauna No Autóctona. Theresa se encontró con Hagedorn Twee en el gigantesco Complejo del Gobierno Regional, en el centro de la Ciudad Hogar Heardiana, el puerto espacial y la ciudad más importante del Mundo de Heard. El representante del distrito era otro de esos Heardianos grandes y amables, Ottobon Kurr, quien, por coincidencia, era un pariente político de Hagedorn Twee. Su cuñado, o su equivalente en el Mundo de Heard, de hecho.

—¿Tiene los papeles, Capitana Helms? —dijo Ottobon Kurr, con su profunda y tronadora voz de Heardiano.

—Aquí los tengo —respondió Theresa, colocando los documentos delante del oficial.

Kurr leyó los documentos.

—Déjeme ver... Planeta de origen: Tierra, Sistema Solar. Clasificación: Mamífero. Especie: *Felius Domesticus*. Inmunizaciones: bien. Pruebas por anticuerpos a enfermedades contagiosas: todo negativo. ¡Bueno, bueno! ¿Se han esterilizado los animales? No se puede permitir su ingreso aquí a menos que sean esterilizados.

—Vuelva el certificado de encima, representante Kurr —dijo Theresa—. Ambos fueron *neutralizados* antes de salir desde Tierra.

—Todo parece estar en orden —dijo Ottobon Kurr—. Coloque la palma de su mano aquí.

Hagedorn Twee era el orgulloso dueño de los dos únicos gatos en el Mundo de Heard, un planeta con quinientos millones de habitantes. Theresa y Tim Helms eran considerablemente más adinerados que antes. Todo el mundo, incluso los dos gatos, eran delirantemente felices.

El *Júpiter* regresó al Sistema del Mundo de Heard unos diez meses más tarde, con una carga fresca de artículos difíciles de conseguir y de alto valor para la venta e intercambio. A pesar de su edad, la vieja nave emergió sin problemas desde el pseudoespacio de Whitney, atenuando con facilidad la inversión del espacio-tiempo al normal a unas tres U.A. al exterior del Mundo de Heard. Diez meses en el tiempo de la nave, debido a las singularidades del dispositivo Whitney, para velocidades superiores a la de la luz que impulsó al viejo *Júpiter*, equivalía a unos veintidós meses del tiempo en el Mundo de Heard. Dentro de dos semanas, la pequeña nave abandonaría aquel sitio con una carga de productos locales para la venta en los planetas ubicados en la ruta del *Júpiter* hacia los sistemas estelares interiores de la galaxia. Estos productos, incluyendo arte y vehículos Heardianos y, aún mucho más importante, varios pequeños cientos y muy cuidadosamente empaquetados frascos de Nardeezium.

El Nardeezium era una droga muy rara y valiosa fabricada con las excreciones superficiales del exótico dragón Nardeezy. «Dragón» fue un nombre algo equivocado pues aquellos animales eran muy pequeños, más parecidos a salamandras de lentos movimientos que dragones. No sólo eran animales flojos, sino también tontos y lentos para reproducirse. Además, no nacían en cautiverio y sólo fructificaron algunos de los numerosos intentos para hacerlos crecer en cautividad. Finalmente, las fastidiosas pequeñas bestias

necesitaban un ambiente muy especial para preservar el precioso sudor que ellos generaban, el que debía extraerse según procedimientos muy cuidadosos.

El Nardeezium era la substancia más valiosa en el Mundo de Heard y, por lo mismo, fundamental para su bienestar económico. La droga no era adictiva y daba un apacible alto cuando se la dejaba de utilizar, pero su rasgo más peculiar era el gran aumento que producía en la intensidad de cada experiencia sexual en los mamíferos. Tal como uno pudiese esperar, la demanda de los sectores adinerados excedió lejos el suministro en los planetas habitados por humanos.

Theresa y Tim fueron localizados por Hagedorn Twee dentro de los primeros cinco minutos desde su llegada. Normalmente es difícil para los miembros de diferentes razas leer las emociones de los otros, pero a través de la señal de vídeo, Theresa y Tim notaron la agitación en el semblante del Mercader Twee. Quizás fue el volumen casi penoso de una voz que normalmente era demasiado fuerte. O quizás fue el hecho que Twee sudaba.

—Debo hablar con usted inmediatamente, Capitana Helms. ¡Es cuestión de la suma gravedad!

—Por favor, cálmese, Mercader Twee —dijo Theresa—. Nos encontraremos con usted lo más pronto posible.

El Heardiano pareció relajarse, pero sólo un poco. Ellos cortaron la comunicación.

—Tim, él me pareció muy disgustado —dijo Theresa, nerviosamente—. ¡Sudaba! Tim, ¿Los Heardianos sudan?

Los dos humanos aseguraron la nave y fueron directamente hasta el gran complejo del comerciante Hagedorn Twee, donde se introdujeron inmediatamente en la oficina privada de Twee. Twee observó con suspicacia hacia el corredor y cerró con llave la puerta. Ottobon Kurr ya estaba allí, igual o aún más disgustado que su pariente político. Ambos Heardianos estaban sudorosos, o algo parecido. Afortunadamente, la bioquímica Heardiana es algo diferente de la Humana y la atmósfera de la oficina manifestaba una fragancia que recordaba una mezcla de nueces y albahaca, que no molestó los humanos en lo más mínimo.

—Algo muy desafortunado ha ocurrido —dijo Hagedorn Twee, aún obviamente disgustado.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Theresa.

Twee indicó con una de su grandes manos azules de tres dedos a Kurr, que también estaba en el cuarto.

Ottobon Kurr le entregó una pequeña caja embalada que estaba en el suelo, cerca de su grande y negro trasero. No había ninguna equivocación en lo que sacó de ella.

—¿Dónde consiguió aquél gato? —dijo Theresa, cuando el pequeño animal subió por el brazo de Ottobon Kurr, sosteniéndose con sus pequeñas garras afiladas, que no afectaban la espesa y escamosa piel del Heardiano en lo más mínimo. La pequeña bestia empezó a ronronear ruidosamente cuando se frotó con placer bajo las barbillas del alienígena.

—En este instante, hay por lo menos unos veinticuatro gatos inmaduros como éste en el Mundo de Heard, provenientes del Sistema Solar —dijo Twee, secando su estrecha frente con un gran pañuelo de ultraterciopelo—. Y parece que hay potencial para muchos más.

—¡Estamos arruinados! —eyaculó Kurr, con sus ojos levantados hacia el techo—. ¡Arruinados!

—¿Cómo fue posible? —preguntó Theresa, ignorando el arrebato de Kurr.

Hagedorn Twee no podía enfocar bien sus ojos.

—Clonamos ambos animales originales. Ahora existen dos mil copias de cada uno. Los vendimos, tan rápidamente como nosotros los creamos, por cinco mil créditos cada uno —Twee dio un avergonzado encogimiento de hombros, una acción que casi estremeció el suelo—. Obtuvimos una ganancia enorme.

Theresa agitó su cabeza con incredulidad.

El Heardiano les devolvió una mirada triple a los humanos.

—Pero, dentro de unos pocos meses, algunos de los clones empezaron a comportarse en forma extraña e irracional. Nunca sospechamos que era la conducta típica de apareamiento hasta que fue demasiado tarde. Hasta ahora, por lo menos, cuatro de ellos se han reproducido y muchos otros parecen haberlo hecho ya.

—¿Fueron clonados? —dijo Theresa—. Aquella no era una cláusula de nuestro trato del original.

—Revise el contrato, Capitana Helms —dijo Kurr—. No se mencionó clonación. Por lo tanto, no se prohibió estrictamente.

—Usted no debió clonarlos, Mercader Twee —dijo Tim.

—Aún hay más —agregó Hagedorn Twee.

—¡Estamos arruinados! —gritó Kurr, de nuevo—. ¡Arruinados!

—Significa que esto se pone peor? —preguntó Theresa.

—Sí —dijo Ottobon Kurr, algo más calmado después de su arrebato más reciente—, varias docenas de los cuatro mil clones de los originales, escaparon y regresaron a su estado salvaje, donde se reproducen tan fácil como hablamos. ¿Ve lo que esto significa? ¡Estamos arruinados! ¡Arruinados!

—Aquello no es tan malo —dijo Theresa, encima de los gemidos de los Heardianos—. Al parecer, su especie se lleva bien con los gatos.

Ambos Heardianos se miraron nerviosamente entre sí.

—Parece que desarrollaron un gusto predilecto por la carne del dragón Nardeezy —dijo Twee, miserablemente—. El Nardeezium, en su forma cruda, tiene el mismo efecto en la potencia sexual de los animales cuando lo comen. No sólo están comiéndose algunos de los dragones, si no que se reproducen probablemente más rápidamente como resultado.

—¿No podrían ustedes sólo destruir los gatos salvajes? —preguntó Theresa.

Ambos Heardianos parecieron horrorizarse. Kurr efectuó un ruido estrangulado.

—¡Eso está fuera de discusión! —dijo Twee casi gritando—. ¡Los Heardianos no toman la vida de criatura alguna! Ello va contra nuestros principios más básicos.

—Me parece que no tenemos otra alternativa —dijo Kurr—, no vamos a la ruina solos. Ustedes, humanos, son ciertamente responsables. Tendremos que llamar a la 4ª Autoridad del Cuadrante. ¡Pueden considerar su nave confiscada y en cuarentena, y ustedes mismos confinados a ella hasta que se resuelva esta situación! ¡Buen día!

Tim miró a su esposa y compañera, pensando que era mejor que ocurriera con su propia nave, aun cuando lo fue sólo por unos pocos meses. Regresaron a su anclada e impotente nave y esperaron nerviosamente durante los dos días y medio que se requerían para que las autoridades llegaran desde la oficina principal del Cuadrante en Nuevo Ceilán.

El supervisor del Cuadrante para la Flora y Fauna de Riesgo era un ser conocido por el nombre de Aalber T'verberg, un Lothariano. Los Lotharianos eran pequeños y delgados bípedos nativos de Lothar, un pequeño y pulcro planeta situado en el primer cuadrante. Sus cuerpos están cubiertos con un pelaje corto y amarillento, salvo sus cabezas, que son desnudas y rosadas. Los Lotharianos son inteligentes y algo aburridos, pero no inquisitivos y sumamente justos. Ellos también son muy buenos con los números. De hecho, son una raza de contadores públicos certificados naturales.

En la Oficina Regional para la Importación de Flora y Fauna No Autóctona, un argumento estaba en progreso. De nuevo la atmósfera se tiñó con el olor a albahaca y nueces.

—No puedo creer que haya clonado esos animales —decía Tim Helms, algo acalorado—. Nunca proyectamos que eso ocurriría.

—Nos hemos apartado del tema, Amo Helms —contestó Ottobon Kurr, igualmente acalorado—. Como el funcionario Regional para la Importación de Flora y Fauna No Autóctona, deseo saber, ¿por qué los animales clonados están reproduciéndose? Usted juró que los originales fueron esterilizados.

—¿Es eso correcto? —ceceó Aalber T'verberg, tratando sin mucho éxito de tomar el control de la situación.

—Eso es correcto —dijo Theresa—. Ellos fueron *neutralizados*.

—¿Por qué, entonces, los clones están reproduciéndose? —preguntó Kurr.

—Pues, eso lo explica todo —interrumpió T'verberg, aprovechando su oportunidad. Finalmente, los combatientes volvieron su atención hacia los tonos sibilantes del pequeño Lothariano—. Estos animales fueron esterilizados removiéndoles sus glándulas reproductoras, un proceso tradicionalmente llamado «*neutralización*». Este consiste en un simple y común procedimiento que deja estéril al animal e inhibe mucha de la conducta indeseable asociada con la reproducción. Sin embargo, se debe recalcar que éste es un procedimiento quirúrgico y, por lo mismo, no altera genéticamente al animal.

—Que operación más bárbara —dijo Kurr con disgusto.

—No realmente —contestó T'verberg—. Esto depende de su punto de vista. En la Tierra, de donde proceden estos animales, las alteraciones genéticas que se practican usualmente en otras partes de la Galaxia, no sólo son consideradas inmorales, sino que son altamente ilegales. Las autoridades de la Tierra son muy estrictas respecto a la pureza genética de sus animales nativos. No estoy seguro que ésta sea una mala idea.

—Aún no entiendo —dijo Hagedorn Twee.

—Esto es bastante simple —dijo T'verberg—. Cuando ustedes tuvieron los felinos clonados, ellos crecieron desde una célula individual, normalmente una célula epitelial tomada desde el forro del intestino delgado del animal. —Aquí ambos Heardianos se miraron entre sí. Kurr arrugó su gran nariz en aversión. T'verberg continuó—. Esta técnica utiliza los patrones genéticos inherentes al animal. Cirugía simple, tal como la amputación de las glándulas sexuales, no tendría absolutamente efecto alguno en los genes del animal. Si esto ocurrió así, los clones creados de un animal que ha perdido accidentalmente un pie o un ojo tendría los mismos defectos. Tal no es el caso.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Hagedorn Twee.

—Esto significa que todos los clones son fértiles —dijo el pequeño Lothariano—. ¿Quién efectuó este trabajo de clonación para usted?

—Fuimos donde los Geneticistas de Jakob, en Titus Cinco. Muy bien recomendado —dijo Twee, un poco a la defensiva.

Ahora fue el Lothariano quien mostró aversión.

—¡Seguro que les dio un precio muy bajo! —resopló T'verberg—. Jakob Hochsteter es un aficionado, ¡nada más que un *hacker* de la genética en jornada incompleta! —agitó su redonda y rosada cabeza—. Fue donde Jake, el manipulador de genes. ¡No me sorprende en absoluto que usted esté en tal enredo!

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Twee, entrelazando sus dedos en agitación.

Uno de los objetos de su incomodidad, un pequeño gato, estaba entonces frotándose afectuosamente contra las barbillas dobles del Heardiano. Él lo buscaba en forma refleja para acariciarlo cuando el pequeño animal comenzó a ronronear más fuerte.

—Existe un buen número de ingenieros genéticos honrados que podrían ayudarlo —aseguró T'verberg—. Pero me asusta el costo.

Ambos Heardianos se miraron entre sí. Después de un instante, los grandes hombros de Twee se inclinaron visiblemente. Ellos miraron con resignación al Lothariano y agitaron sus grandes y desequilibradas cabezas con renuencia.

Los ingenieros geneticistas de Servicios Genéticos Cornucopia se rascaron sus cabezas cuando confrontaron el problema pero, después de una breve consulta, presentaron una solución elegante. Después



de un período de espera que bordeó las tres semanas, el ingeniero en jefe, de mediana edad, un no característico y barrigón Lothariano llamado Stimon P'teragon presentó la solución a los Heardianos y a los Helms.

—Esto debe resolver su problema —dijo el Lothariano cuando le entregó un pequeño frasco plástico a Hagedorn Twee.

—¿Qué es esto? —preguntó Twee, algo dubitativo. Obviamente la solución a un problema tan grande como el suyo no podría entrar nunca en un envase tan pequeño.

—Este es un rhabdovirus felino artificial —replicó de inmediato.

—¿Un qué? —preguntó Tim Helms.

—Este es un virus que sólo infectará a un gato terrestre. Lo hemos diseñado para infectar y destruir las gónadas que, de esta forma, volverá estériles a estos animales. Es también no-antigénico, de tal modo que el sistema inmunológico del animal no puede apartar la infección.

—Eso está bien y es bueno —dijo Ottobon Kurr—. Pero, ¿qué hay de los ataques a nuestros inapreciables Dragones Nardeezzy?

—Ahhh —sonrió P'teragon, exhibiendo sus delgados dientes herbívoros—. Aquí es donde el costo de la solución se incrementa. El virus también afectará el aparato olfatorio de los animales infectados, en una manera tan sutil, que les hará percibir que el Dragón Nardeezzy huele a algo incomible. Esto deriva también del método mediante el cual se extiende el virus, muy similar al frío Humano o al flujo Heardiano.

—¡Los animales no deben ser muertos! —dijo Kurr en forma inexorable. Sin duda, los Heardianos eran buenos siendo inexorables.

—No existe peligro alguno para los animales infectados. Una vez que el virus ataca los tejidos apropiados, se vuelve inactivo hasta que encuentra algún nuevo tejido no infectado. Esta característica extiende su protección en forma indefinida.

—¿Funcionará? —preguntó Twee.

—Está garantizado —afirmó P'teragon.

—Espere un minuto —dijo Tim.

—¿Sí? —preguntó P'teragon.

—¿Qué pasará si alguno de los gatos infectados de algún modo regresa a la Tierra? ¿Qué protegerá a todos los gatos en mi mundo?

—Esa es una muy buena pregunta, Sr. Helms —contestó P'teragon—. Pero Servicios Genéticos Cornucopia ha pensado en esa posibilidad. Ésta es sólo otra de las razones del porque ofrecemos el mejor servicio de este tipo en el Cuadrante. Ninguno de nuestros virus diseñados sobrevivirá un salto a través del hiperespacio. Una vez que el virus se ha reproducido dentro de su huésped animal, éste no puede ingresar dentro de un pseudoespacio de Whitney.

Tim aprobó con un movimiento de su cabeza.

—Una cosa más —agregó Stimon P'teragon.

—¿Sí? —preguntó Twee.

—Aléjese de los manipuladores de genes. Ellos sólo traen problemas.

Las empleados de Cornucopia actuaron tan bien como lo prometieron. Dentro de unos pocos meses quedaban aún muchos gatos repartidos en el Mundo de Heard, pero todos ignoraban a los Dragones y ninguno de ellos se reproducía. La solución no fue económica, pero los costos sólo representaron un décimo de las enormes ganancias obtenidas previamente por Twee.

Tim Helms recaudó algunos créditos adicionales por el diseño de una trampa para capturar con vida a los gatos sueltos. Cebadas con una hierba llamada «picotazo de gato» (del que los Helms tenían un pequeño suministro en su nave), las trampas se convirtieron en un éxito inmediato. Los animales capturados fueron devueltos a sus precavidos dueños y, por supuesto, a cambio de un honorario algo más que nominal o, simplemente, vendidos como nuevos en el mercado abierto. Las ganancias volaron. Tim agregó la hierba «picotazo de gato» a los productos que él y su esposa traerían en su próximo viaje, mentalmente frotando sus manos en anticipación de los créditos que harían. La afortunada pareja estaba de vuelta en negocio.

Theresa y Tim estaban de pie junto al ahora libre *Júpiter*, listo para soltar amarras. Hagedorn Twee, con un gato ronroneando en cada uno de sus hombros macizos estaba de pie ante ellos.

—Casi odio hacer esto —dijo Theresa—. Pero tengo otra cosa que puede interesarle, Mercader Twee. Con todo el problema a causa de los gatos, no tuvimos tiempo para mostrarle esto.

—¿Sí? —preguntó Twee, expectante.

—Bien, Tim —Theresa gritó.

Tim soltó un animal blanco y manchas color castaño con cuatro piernas, una cola corta que apuntaba y un par de orejas recortadas. Para el deleite de los dos humanos, la criatura fue inmediatamente encima y olfateó el pie del enorme alienígena. Después de una breve investigación, las orejas del pequeño animal se irguieron y empezó a menear su cola. En seguida, puso su dos piernas delanteras sobre la pierna elefantina del Heardiano. El alienígena extendió su brazo para tocar al pequeño animal que empezó a lamer su enorme mano con una húmeda lengua rosada.

—¡Que criatura tan adorable! —dijo Hagedorn Twee, con obvio deleite—. ¿Qué es?

—Es un animal oriundo de la Tierra llamado «cachorro» —dijo Theresa.

Twee levantó al perro y se rió con estruendo, como un caballo estrangulado, cuando la pequeña criatura lamió su cara escamosa. Obviamente, los dos gatos sobre los hombros del Heardiano no estaban tan contentos como él con este reciente cambio de eventos.

Como anticipación, Theresa contestó la próxima pregunta del Heardiano.

—Sí, Mercader Twee, él fue *neutralizado*.

**FIN**

Libros Tauro